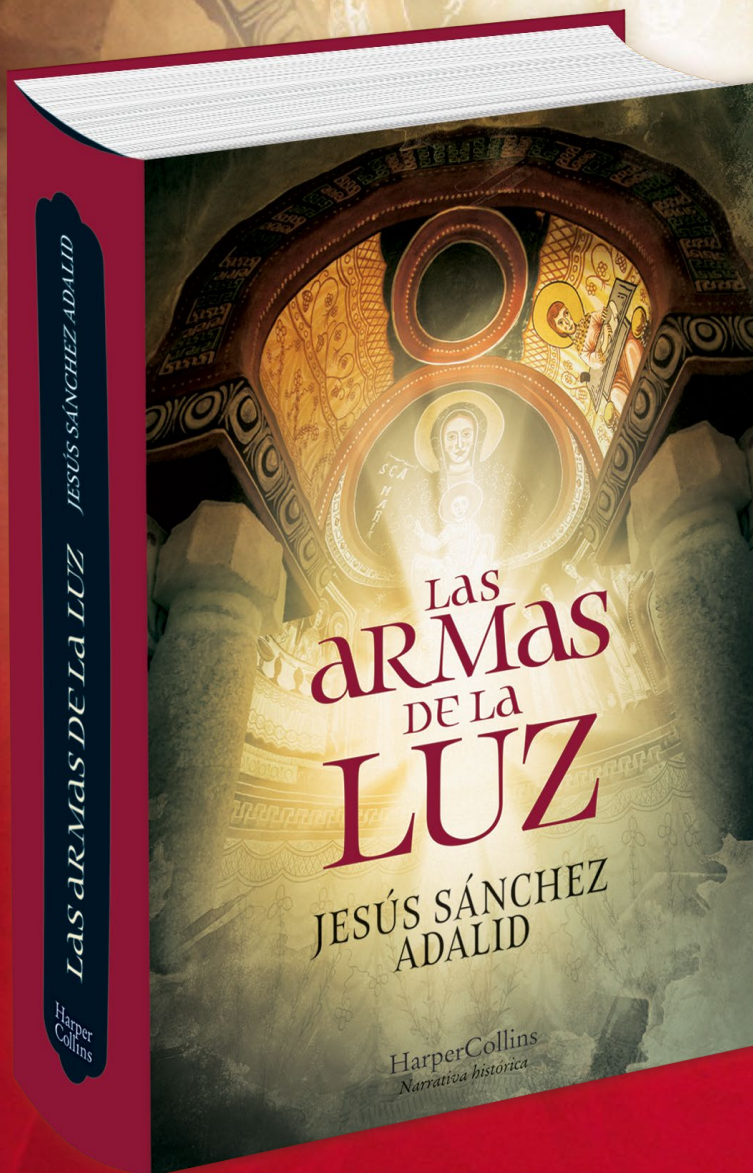


«JESÚS SÁNCHEZ ADALID nos brinda en *LAS ARMAS DE LA LUZ* el gran encuentro entre historia y ficción: la genuina epopeya medieval, en un relato bello y dinámico, anclado con soltura en las fuentes documentales. Grandes obras como estas son el estímulo que necesita la sociedad». **María Jesús Viguera Molins, Académica de la Historia**



Título: Las armas de la luz

Autor: Jesús Sánchez Adalid

PVP: 24,90€

Fecha de venta: marzo 2021

Colección: Novela histórica

Páginas: 816

Formato: 15,5X23cm tapa dura con sobrecubierta

ISBN: 978-84-9139-466-2

HarperCollins

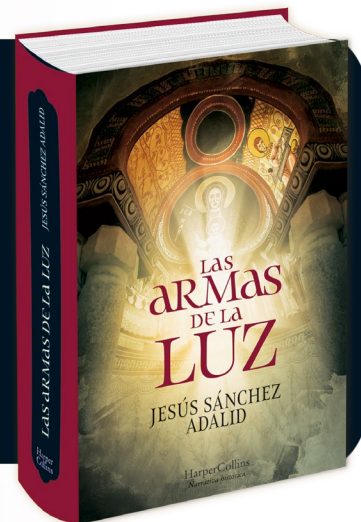
Cerca del año 1000, Almanzor amenaza una y otra vez el norte de la península ibérica. Unos misteriosos barcos arriban a la costa tarraconense y dejan un extraño presente en el pequeño puerto de Cubelles. Este es el inicio de la emocionante peripecia vital de dos muchachos que acabarán viajando al Alto Urgel, cuando el conde Armengol I está a punto de unirse a la gran alianza de condes y magnates que han decidido independizarse definitivamente del reino franco y, a la vez, romper con las antiguas servidumbres impuestas por el poderoso califato de Córdoba.

En medio de todo esto, una mujer joven se debatirá para liberarse de las ataduras de su cerrado mundo familiar y social.

Una figura crucial es Oliba, hijo de los condes de Cerdanya y Besalú, que en el año 1002 renuncia a su herencia para hacerse monje. En medio de la confusión y la violencia, surge un hombre cuya cordura y sabiduría aportará luz, y descubrirá el verdadero tesoro, que es de naturaleza espiritual.

«Sus personajes están pensados como sujetos embarcados en un viaje iniciático en busca de paz y conocimiento interior. Y el autor conecta estos desvelos tan actuales con esos otros deseos arcádicos de armonía, amor, libertad...».

Juan Ángel Juristo, ABC



Las ARMAS DE LA LUZ

JESÚS SÁNCHEZ
ADALID

Sánchez Adalid nos presenta un gran friso narrativo que recrea, con agilidad y destreza, el agitado inicio del segundo milenio: la vida en los castillos y campamentos guerreros, las peculiares relaciones entre nobles y clérigos, la rica cultura monacal, las costumbres cotidianas, el amor, la guerra, el miedo y el valor. Siempre en los fascinantes escenarios de una tierra singularmente bella y agreste, pero también fértil y poblada de luminosas ciudades: Barcelona, Gerona, Seo de Urgel, Vic, Solsona, Besalú, Berga, Manresa, Tortosa, Lérida; y de grandes monasterios que extienden su influencia: Santa María de Ripoll, San Cugat, San Juan de las Abadesas, San Pedro de Rodas, San Martín de Canigó. Con la esplendorosa Córdoba califal como telón de fondo.

Las armas de la luz nos regala un viaje claro y anímico hacia el sorprendente mundo medieval, en el que se cruzan y entremezclan héroes de ficción y protagonistas históricos, en la epopeya de una tierra que lucha por regir su propio destino.



JESÚS SÁNCHEZ ADALID

(1962, Villanueva de la Serena, Badajoz) se licenció en Derecho por la Universidad de Extremadura y realizó los cursos de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. Ejerció de juez durante dos años, tras los cuales estudió Filosofía y Teología. Ha recibido importantes galardones como escritor: Premio Fernando Lara 2007, Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio 2012, Premio Troa Libros con valores 2014, Premio Abogados de Novela 2015, Premio Grada de Cultura (2011), Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza (2011), Premio Diálogo de Culturas (2013), Premio Hispanidad (2013) y en 2017 el prestigioso Premio Arco baleno que otorga en Italia la «Bottega dell'Arte».

Además, ha sido distinguido con la Medalla de Extremadura en 2009, el máximo galardón de la Comunidad, y es académico de número de la Real Academia de las Artes y las Letras de Extremadura, cuya biblioteca dirige. También es patrono de la prestigiosa Fundación Paradigma Córdoba, cuyo fin esencial es recordar los ejemplos positivos de convivencia entre las tres religiones abrahámicas: judía, cristiana y musulmana, que ocurrieron en Alándalus, buscando con ello los principios y fundamentos del ecumenismo y del diálogo, así como patrono de la Fundación Foro de Córdoba.

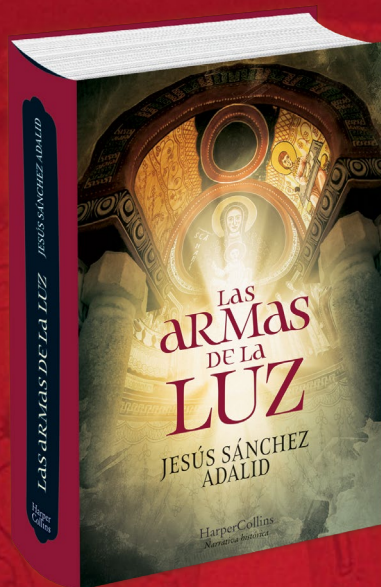


LA CRÍTICA HA DICHO DE LAS NOVELAS DE JESÚS SÁNCHEZ ADALID:

«Las novelas de Jesús Sánchez Adalid siempre tienen la fuerza literaria y el dato histórico, pero también la ternura del ser que ama su tierra».

Santiago Castelo, *ABC*

«Sánchez Adalid tiene el don de narrar de forma pausada y reflexiva. Literariamente deudora de la elegancia de la mejor novela clásica, en donde prima la narración, la peripecia y el conflicto (...). El realismo, la verosimilitud y el sentido del humor son tres virtudes que adornan a Jesús Sánchez Adalid, narrador de singulares obras maestras». **Lluís Fernández, *La Razón***



UNA BREVE ENTREVISTA CON JESÚS SÁNCHEZ ADALID

Las armas de la luz se adentra en los primeros años de los condados catalanes como jugador importante en el tablero peninsular ¿cómo fueron estos primeros años del siglo XI?

Desde que Wifredo el Velloso, conde de Urgel y Cerdaña, fuera investido conde de Barcelona y Gerona, se lanzó intrépidamente a conquistar otros señoríos menores de las zonas centrales, que habían quedado fraccionados hacia 825 tras una revuelta contra el poder franco. El enérgico conde centralizó el poder en la casa condal de Barcelona y estableció un sistema sucesorio en sus territorios. A lo largo del siglo X, los restantes condados se fueron vinculando poco a poco, a la vez que se iban desligando del poder franco, aprovechando el debilitamiento y desmembración del Imperio carolingio tras la muerte de Carlos el Calvo. A la figura de Wifredo hay que atribuirle pues, la independencia de facto de los condados catalanes respecto del reino franco y la creación de una fuerte base patrimonial.

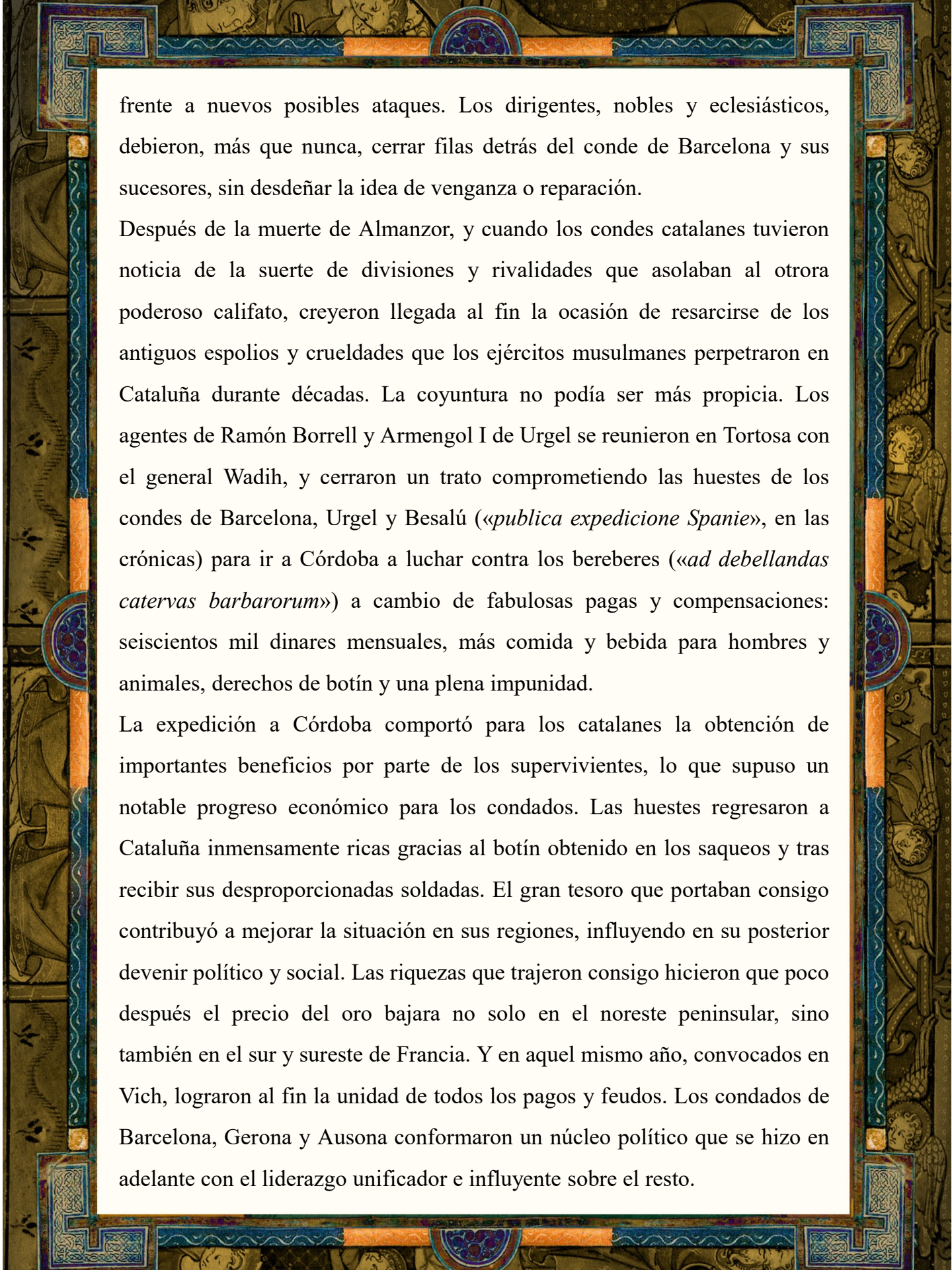
Los condes gobernaban de manera independiente, con funciones militares, políticas y judiciales, aliándose para la defensa del país a partir de castillos repartidos por el territorio. Al mismo tiempo, la Iglesia estableció una red de parroquias organizadas en diócesis, según el modelo típico carolingio. La frontera natural estaba en el río Llobregat, pero pronto buscaron ampliar el área de influencia hacia los condados tolosanos del Pallars y la Ribagorza, y hasta intentaron conquistar Tortosa, hacia el sur, entre 805 y 809.

Tras la razia de Almansur contra Barcelona en 985, el conde Borrell II se negó definitivamente a prestar vasallaje al rey franco, poniéndolo de manifiesto al no asistir en 997 a la coronación de Hugo Capeto, fundador de la nueva dinastía.

P: A finales del siglo X Almanzor asoló el condado de Barcelona y unos años después, desaparecido el caudillo andalusí, el conde Barcelona Ramón Borrell y su hermano el conde Urgel Armengol emprende una operación de venganza y saquea Córdoba a su vez. ¿Cómo fue posible que en tan pocos años se giraran de tal forma las tornas?

En un principio, el conde Borrell II intentó mantener buenas relaciones con el califato durante décadas, como lo demuestra el envío de repetidas embajadas a Córdoba. Tenemos noticia cierta de un legado barcelonés que acompañó en 950 a la embajada del marqués Guido de Toscana, y de la representación que en 966 supuso la firma de un tratado de paz, amistad y fijación de fronteras. Las posteriores embajadas de 971 y 974 concertaron una cierta forma de vasallaje con el pacífico califa Alhaquén II, cosa que, en cierto modo, era contradictoria con la fidelidad debida al rey de los francos. Gracias a estas relaciones diplomáticas, fue posible mantener una estabilidad en las fronteras de los condados catalanes, lo que facilitó una cierta repoblación cristiana hasta las orillas del río Gayá, y después de Montmell, Miralles, Santa Coloma de Queralt, Pontils, Montbuy, Cabra, etc. La paz mantenida con el islam finalmente redundó en beneficio económico del condado de Barcelona y permitió a Borrell II poner en circulación monedas de oro propias, denominadas mancusos y, a la vez, progresar en su anhelo de independizarse del reino franco. Pero, más adelante, tras la muerte del califa Alhaquén y la subida al trono de su hijo Hixem II, la situación cambió notablemente para peor al asumir Almansur, de hecho, todo el poder en Córdoba.

Los tristes hechos de 985, con la destrucción de Barcelona, se convertirán en una especie de acicate en la memoria colectiva y, quizá, a partir de entonces, empezó a formarse un sentimiento de recelo y una conciencia de defensa



frente a nuevos posibles ataques. Los dirigentes, nobles y eclesiásticos, debieron, más que nunca, cerrar filas detrás del conde de Barcelona y sus sucesores, sin desdeñar la idea de venganza o reparación.

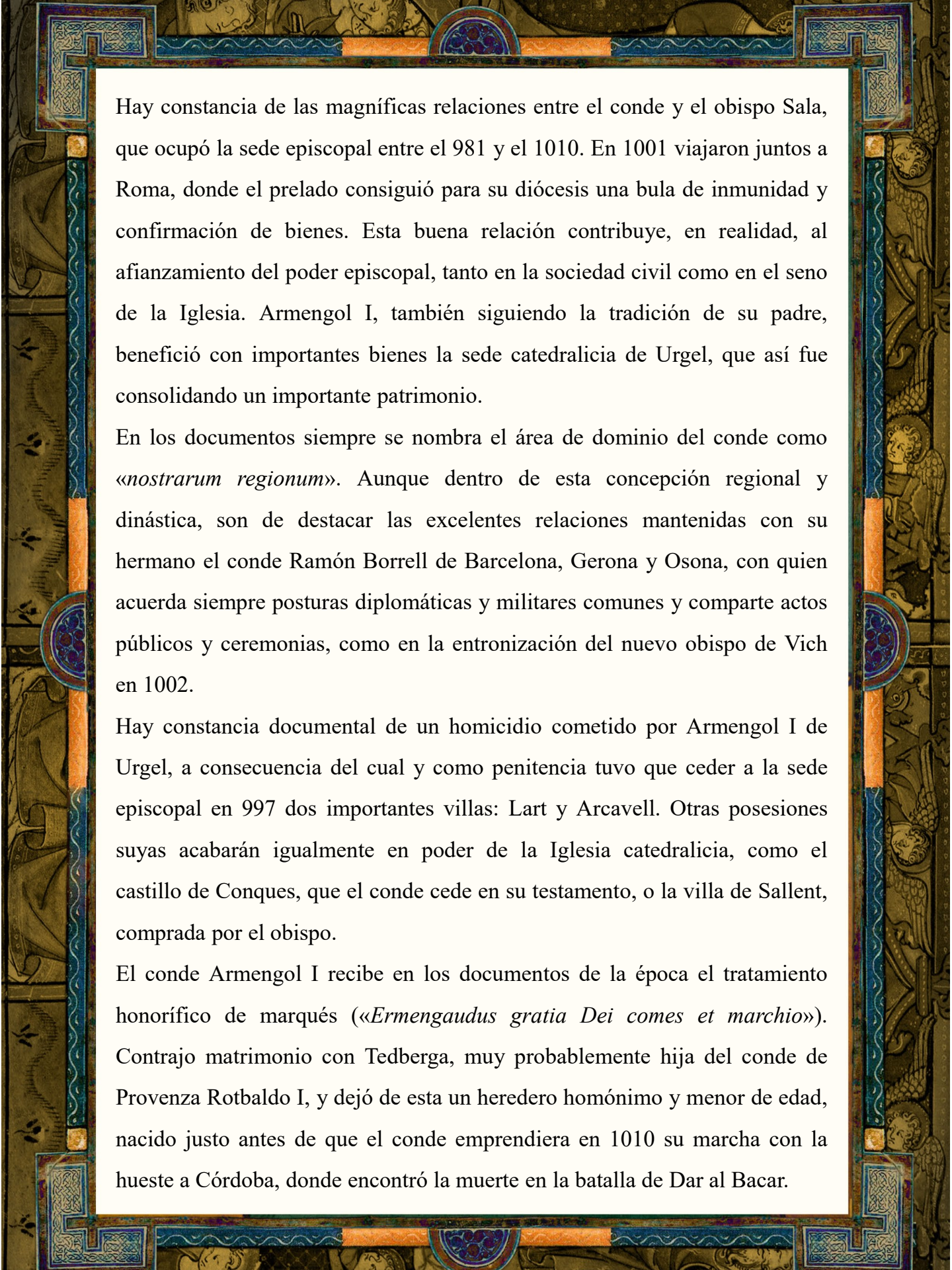
Después de la muerte de Almanzor, y cuando los condes catalanes tuvieron noticia de la suerte de divisiones y rivalidades que asolaban al otrora poderoso califato, creyeron llegada al fin la ocasión de resarcirse de los antiguos espolios y crueldades que los ejércitos musulmanes perpetraron en Cataluña durante décadas. La coyuntura no podía ser más propicia. Los agentes de Ramón Borrell y Armengol I de Urgel se reunieron en Tortosa con el general Wadih, y cerraron un trato comprometiendo las huestes de los condes de Barcelona, Urgel y Besalú («*publica expedicione Spanie*», en las crónicas) para ir a Córdoba a luchar contra los bereberes («*ad debellandas catervas barbarorum*») a cambio de fabulosas pagas y compensaciones: seiscientos mil dinares mensuales, más comida y bebida para hombres y animales, derechos de botín y una plena impunidad.

La expedición a Córdoba comportó para los catalanes la obtención de importantes beneficios por parte de los supervivientes, lo que supuso un notable progreso económico para los condados. Las huestes regresaron a Cataluña inmensamente ricas gracias al botín obtenido en los saqueos y tras recibir sus desproporcionadas soldadas. El gran tesoro que portaban consigo contribuyó a mejorar la situación en sus regiones, influyendo en su posterior devenir político y social. Las riquezas que trajeron consigo hicieron que poco después el precio del oro bajara no solo en el noreste peninsular, sino también en el sur y sureste de Francia. Y en aquel mismo año, convocados en Vich, lograron al fin la unidad de todos los pagos y feudos. Los condados de Barcelona, Gerona y Ausona conformaron un núcleo político que se hizo en adelante con el liderazgo unificador e influyente sobre el resto.

P: Ha elegido usted a Armengol, conde de Urgel, como uno de sus protagonistas, ¿qué es lo que le fascinó de él? ¿qué nos puede contar de él?

Armengol I, llamado en las crónicas «el de Córdoba o el Cordobés» (992-1011), era el segundogénito del conde Borrell II y de Ledgarda de Roergue. Ya antes de tomar las riendas del condado había ensayado el gobierno bajo la dirección de su padre y asociado a él por lo menos durante unos tres años antes, desde 989. Su hermano mayor, Ramón Borrell, heredó el resto de los condados, Barcelona, Gerona y Osona. Ambos hermanos gobernaron con plena soberanía y en coherencia con la evolución del progresivo alejamiento de la monarquía franca desde su antepasado Wifredo el Velloso. Aunque todavía permanecerá la formalidad de datar los documentos según los reyes franceses, si bien especificando, en todo caso, que son reyes en Francia e incluso equiparándolos en soberanía al conde: «*regnante Ratberto rege et domno Ermengauda comite*».

Ya desde Borrell II, la legitimidad se busca no en Francia, sino en los viajes a Roma, uniendo a la peregrinación religiosa una clara significación política. En su primera visita, en 998, Armengol tuvo el honor de sentarse a los pies del emperador alemán Otón III, y participó como oyente en el concilio presidido por el papa Gregorio V. En aquella ocasión, el pontífice tuvo que dirimir en el pleito planteado entre los dos candidatos al episcopado de Vich. En una segunda visita, el año 1001, el conde se entrevista con Silvestre II (Gerberto de Aurillac), occitano de origen y antiguo conocedor de los condados del nordeste de la península ibérica. Aquel papa, siendo monje, había sido enviado en 967 por el abad de Saint Giraud d'Orlhac a Cataluña, a petición del conde Borrell, por la fama de sus conocimientos.



Hay constancia de las magníficas relaciones entre el conde y el obispo Sala, que ocupó la sede episcopal entre el 981 y el 1010. En 1001 viajaron juntos a Roma, donde el prelado consiguió para su diócesis una bula de inmunidad y confirmación de bienes. Esta buena relación contribuye, en realidad, al afianzamiento del poder episcopal, tanto en la sociedad civil como en el seno de la Iglesia. Armengol I, también siguiendo la tradición de su padre, benefició con importantes bienes la sede catedralicia de Urgel, que así fue consolidando un importante patrimonio.

En los documentos siempre se nombra el área de dominio del conde como «*nostrarum regionum*». Aunque dentro de esta concepción regional y dinástica, son de destacar las excelentes relaciones mantenidas con su hermano el conde Ramón Borrell de Barcelona, Gerona y Osona, con quien acuerda siempre posturas diplomáticas y militares comunes y comparte actos públicos y ceremonias, como en la entronización del nuevo obispo de Vich en 1002.

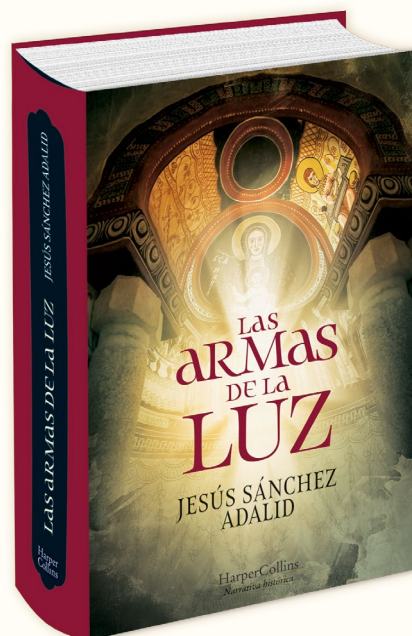
Hay constancia documental de un homicidio cometido por Armengol I de Urgel, a consecuencia del cual y como penitencia tuvo que ceder a la sede episcopal en 997 dos importantes villas: Lart y Arcavell. Otras posesiones suyas acabarán igualmente en poder de la Iglesia catedralicia, como el castillo de Conques, que el conde cede en su testamento, o la villa de Sallent, comprada por el obispo.

El conde Armengol I recibe en los documentos de la época el tratamiento honorífico de marqués («*Ermengaudus gratia Dei comes et marchio*»). Contrajo matrimonio con Tedberga, muy probablemente hija del conde de Provenza Rotbaldo I, y dejó de esta un heredero homónimo y menor de edad, nacido justo antes de que el conde emprendiera en 1010 su marcha con la hueste a Córdoba, donde encontró la muerte en la batalla de Dar al Bacar.

No hay noticias del lugar donde fue enterrado, aunque algún indicio lo sitúa por algún tiempo en alguna iglesia de Córdoba. Tedberga aparece en documentos posteriores como viuda, interviniendo en actos públicos junto al hijo huérfano.

En la memoria condal, la *Gesta Comitum Barcinonensium*, a Armengol I se le reconocerá haber mantenido una gran valentía frente a los sarracenos: «*multos itaque conflictus cum sarracenis habuit*». Y por haber muerto heroicamente en batalla en Córdoba, será apodado en adelante como «El de Córdoba»: «*qui fuit Ermengaudus Cordubensis quia apud Cordubam obiit*».

En definitiva, sin duda los años 980-1010 marcaron un antes y un después en la realidad política, social, económica y territorial del condado de Urgel y de la diócesis de Urgel, donde fueron protagonistas dos grandes personajes: el conde Armengol I y el obispo Sala. Para poder comprender las claves de esta incuestionable afirmación, resultan del todo útiles las investigaciones del historiador Oliver Vergés Pons, contenidas en diversos trabajos, entre los que destacaría el titulado *Urgell a la fi del primer mil·lenni* (Edicions Salòria, Barcelona 2015).

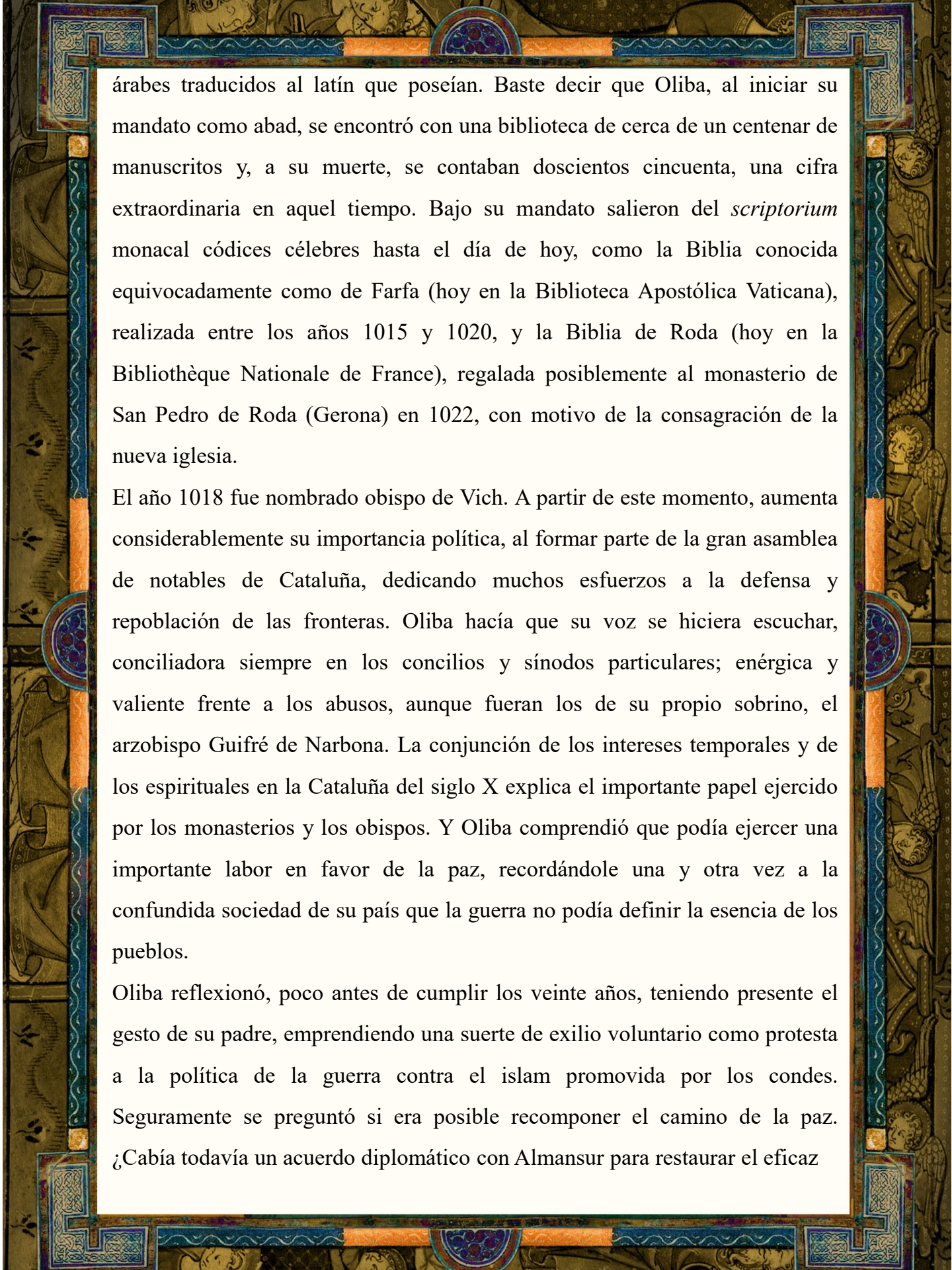


P: Un mundo de guerra, traiciones políticas y familiares, conspiraciones y miedo, pero también un periodo en el que aparecen personajes como Oliba un noble que prefiere dejar las armas y tomar los hábitos y un tiempo en el que occidente empieza a despertar de nuevo. ¿Este cambio de milenio es también un cambio histórico fundamental tanto en lo político como en lo más cotidiano?

Oliba nació en algún lugar del condado de Cerdaña o del condado de Besalú en el último tercio del siglo X, probablemente en el año 971. Era el tercer hijo de Oliba Cabreta, conde de Cerdaña y Besalú, y de Ermengarda de Vallespir. Era por tanto bisnieto del conde Wifredo el Velloso. Tuvo cinco hermanos: Bernat Tallaferro, que a la muerte de su madre heredará los condados de Vallespir, Fenollet y Besalú; Wifredo, conde de Cerdaña y, posteriormente, conde de Berga; Berenguer, obispo de Elna; Adelaida de Cerdaña, casada con el señor de Salas, e Ingilberga, hija natural de Oliba Cabreta y última abadesa del monasterio de San Juan de las Abadesas.

Cuando Oliba cumplió diecinueve años, su padre, un hombre ambicioso y enérgico, renuncia a todos sus cargos y títulos y se retira al monasterio italiano de Montecasino. La madre, Ermengarda, y los cinco hijos, quedan al frente del patrimonio familiar.

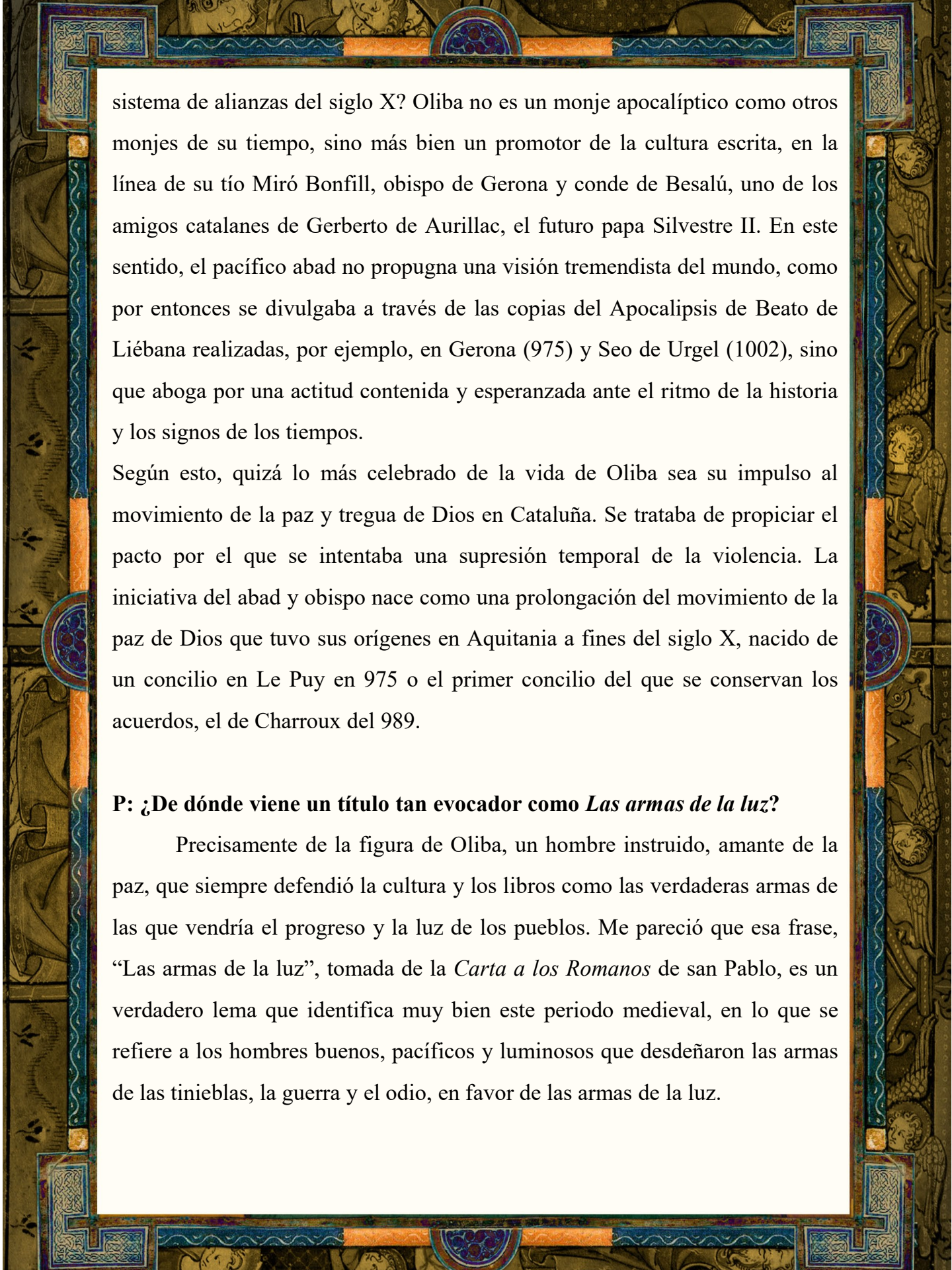
En agosto de 1002, cuando contaba treinta y un años, Oliba renunció a los condados que había recibido por testamento, cediendo el condado de Ripoll a su hermano Bernat Tallaferro y el de Berga a Wifredo II de Cerdaña, e ingresó en el monasterio de Ripoll como monje de la Orden de San Benito. El año 1008, después de la muerte del abad Seniofré, Oliba fue elegido abad de dicho cenobio y luego del de Cuixá. Reformó espiritual y materialmente ambos cenobios, ampliando y enriqueciendo extraordinariamente las bibliotecas monásticas, ya conocidas desde hacía décadas por los textos



árabes traducidos al latín que poseían. Baste decir que Oliba, al iniciar su mandato como abad, se encontró con una biblioteca de cerca de un centenar de manuscritos y, a su muerte, se contaban doscientos cincuenta, una cifra extraordinaria en aquel tiempo. Bajo su mandato salieron del *scriptorium* monacal códices célebres hasta el día de hoy, como la Biblia conocida equivocadamente como de Farfa (hoy en la Biblioteca Apostólica Vaticana), realizada entre los años 1015 y 1020, y la Biblia de Roda (hoy en la Bibliothèque Nationale de France), regalada posiblemente al monasterio de San Pedro de Roda (Gerona) en 1022, con motivo de la consagración de la nueva iglesia.

El año 1018 fue nombrado obispo de Vich. A partir de este momento, aumenta considerablemente su importancia política, al formar parte de la gran asamblea de notables de Cataluña, dedicando muchos esfuerzos a la defensa y repoblación de las fronteras. Oliba hacía que su voz se hiciera escuchar, conciliadora siempre en los concilios y sínodos particulares; enérgica y valiente frente a los abusos, aunque fueran los de su propio sobrino, el arzobispo Guifré de Narbona. La conjunción de los intereses temporales y de los espirituales en la Cataluña del siglo X explica el importante papel ejercido por los monasterios y los obispos. Y Oliba comprendió que podía ejercer una importante labor en favor de la paz, recordándole una y otra vez a la confundida sociedad de su país que la guerra no podía definir la esencia de los pueblos.

Oliba reflexionó, poco antes de cumplir los veinte años, teniendo presente el gesto de su padre, emprendiendo una suerte de exilio voluntario como protesta a la política de la guerra contra el islam promovida por los condes. Seguramente se preguntó si era posible recomponer el camino de la paz. ¿Cabía todavía un acuerdo diplomático con Almansur para restaurar el eficaz



sistema de alianzas del siglo X? Oliba no es un monje apocalíptico como otros monjes de su tiempo, sino más bien un promotor de la cultura escrita, en la línea de su tío Miró Bonfill, obispo de Gerona y conde de Besalú, uno de los amigos catalanes de Gerberto de Aurillac, el futuro papa Silvestre II. En este sentido, el pacífico abad no propugna una visión tremendista del mundo, como por entonces se divulgaba a través de las copias del Apocalipsis de Beato de Liébana realizadas, por ejemplo, en Gerona (975) y Seo de Urgel (1002), sino que aboga por una actitud contenida y esperanzada ante el ritmo de la historia y los signos de los tiempos.

Según esto, quizá lo más celebrado de la vida de Oliba sea su impulso al movimiento de la paz y tregua de Dios en Cataluña. Se trataba de propiciar el pacto por el que se intentaba una supresión temporal de la violencia. La iniciativa del abad y obispo nace como una prolongación del movimiento de la paz de Dios que tuvo sus orígenes en Aquitania a fines del siglo X, nacido de un concilio en Le Puy en 975 o el primer concilio del que se conservan los acuerdos, el de Charroux del 989.

P: ¿De dónde viene un título tan evocador como *Las armas de la luz*?

Precisamente de la figura de Oliba, un hombre instruido, amante de la paz, que siempre defendió la cultura y los libros como las verdaderas armas de las que vendría el progreso y la luz de los pueblos. Me pareció que esa frase, “Las armas de la luz”, tomada de la *Carta a los Romanos* de san Pablo, es un verdadero lema que identifica muy bien este periodo medieval, en lo que se refiere a los hombres buenos, pacíficos y luminosos que desdeñaron las armas de las tinieblas, la guerra y el odio, en favor de las armas de la luz.

P: ¿Sin destripar la novela cuáles son las claves centrales, los temas que mueven *Las armas de la luz*?

Esta novela es un viaje anímico hacia un periodo sumamente interesante de la historia, el final del siglo X y los inicios del siglo IX. Es una época tan fascinante como desconocida.

Todo comienza cuando, cerca del año 1000, Almanzor amenaza una y otra vez el norte de la península ibérica. Unos misteriosos barcos arriban a la costa tarraconense y dejan un extraño presente en el pequeño puerto de Cubelles. La peripecia vital de dos muchachos nos llevará a través de los diversos territorios de Cataluña, cuando van a dar comienzo las trepidantes campañas militares que culminarán en Córdoba.

En medio de todo esto, una mujer joven se debatirá para liberarse de las ataduras de su cerrado mundo familiar y social.

He buscado recrear con fidelidad la vida en los castillos y campamentos guerreros, las peculiares relaciones entre nobles y clérigos, la rica cultura monacal, las costumbres cotidianas, el amor, la guerra, el miedo y el valor... Siempre en los fascinantes escenarios de una tierra singularmente bella y agreste, pero también fértil y poblada de luminosas ciudades: Barcelona, Gerona, Seo de Urgel, Vich, Solsona, Besalú, Berga, Manresa, Tortosa, Lérida...; y de grandes monasterios que extienden su influencia: Santa María de Ripoll, San Cugat, San Juan de las Abadesas, San Pedro de Roda, San Martín de Canigó...

Las ARMAS DE LA LUZ

POR QUE HAY QUE LEER *LAS ARMAS DE LA LUZ*:

- *Los Baños del Pozo Azul* fue una de las novelas históricas más destacadas de 2018 con más de 25.000 ejemplares vendidos. Con *Las armas de la luz* Jesús Sánchez Adalid cierra su historia del siglo X que empezó con *El Mozárabe*.
- Esta novela es excepcionalmente original, por adentrarse con maestría en los primeros pasos de los condados catalanes, y se convierte en un texto único para recrear unos tiempos muchas veces olvidados.
- Repleto de personajes reales y absolutamente fascinantes como Armengol, conde de Urgel, o Almanzor, un viejo conocido en estas novelas y el nexo de unión de las tres historias.
- Una novela llena de escenarios, de conspiraciones, aventuras y rebosante de calidez.

Para prensa contactar con:

Ingenio de Comunicación
info@ingeniodecomunicacion.com
Eva Orúe: 629280954
Sara Gutiérrez: 680997385

